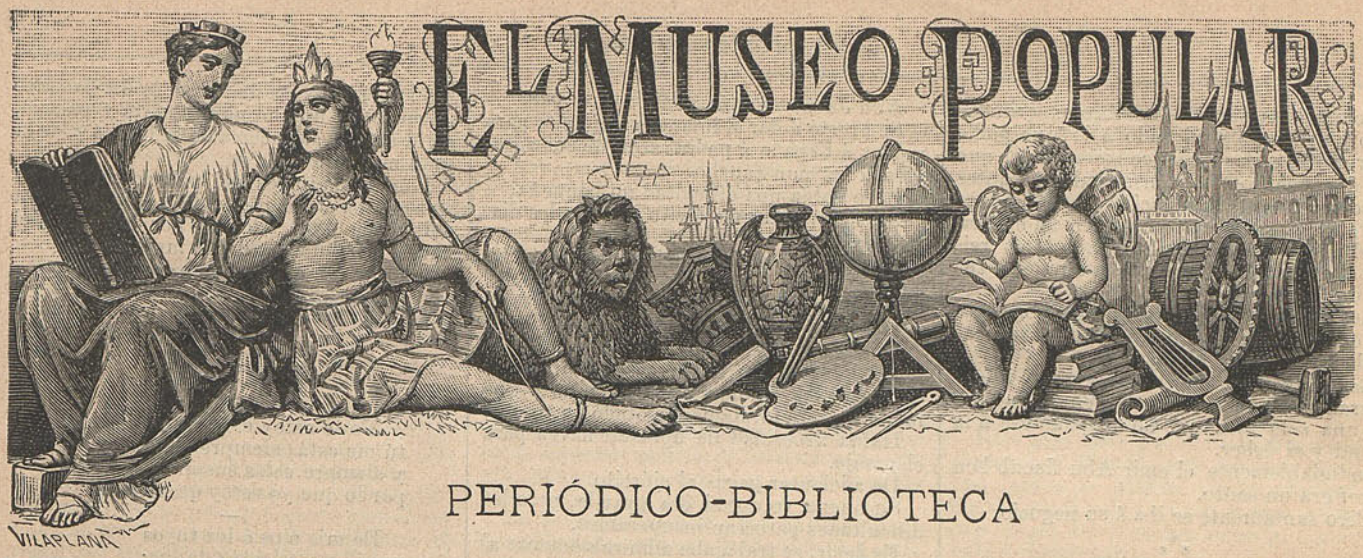


PERIÓDICO-BIBLIOTECA

Año I. | SEMANARIO ILUSTRADO de literatura, ciencias, etc. | PRECIO 25 céntimos cada numero. | BIBLIOTECA ILUSTRADA Publica tres obras distintas. | Núm. 8.°

EL ALCAIDE DE TARIFA

—

(Continuación.)

El infante don Juan, á fuer de ambicioso necesitado, era mañero y previsor.

No olvidaba nada de lo que de presente ó andando el tiempo podía aprovecharle, ni reparaba en los medios con tal de que le llevasen á su objeto.

Halagó á don Alonso Pérez, y para honrarle tomó á su servicio como doncel á su hijo Pedro, que ya en su juventud daba claras señales de ir derechamente por el mismo camino que había seguido su padre.

Por el retoño se conocía al árbol.

***

Al servicio estaba Pedro del infante don Juan cuando sobrevino la última desavenencia de éste con su hermano, y tan rápida fué la ruptura y tan precipitada la fuga hacia la frontera de Granada, que Pedro ni áun siquiera tuvo tiempo de reflexionar si debía ó no seguir á su señor.

Así llegó á Bejer de la frontera, donde por lo que ya se ha relatado, fué puesto en prisión por el infante, y no castigado á sangre por los respetos que á su padre guardaba don Juan.

***

Llegó éste á Fez.

El emir Abu Jacub se alegró en el fondo de su alma.

Cuanto más se dividiesen los cristianos, tanto menos difícil le sería proseguir los propósitos que alentaba, como todos los emires de Marruecos.

Esto es, recobrar en España la tierra que la cruz había arrancado al Korán.

***

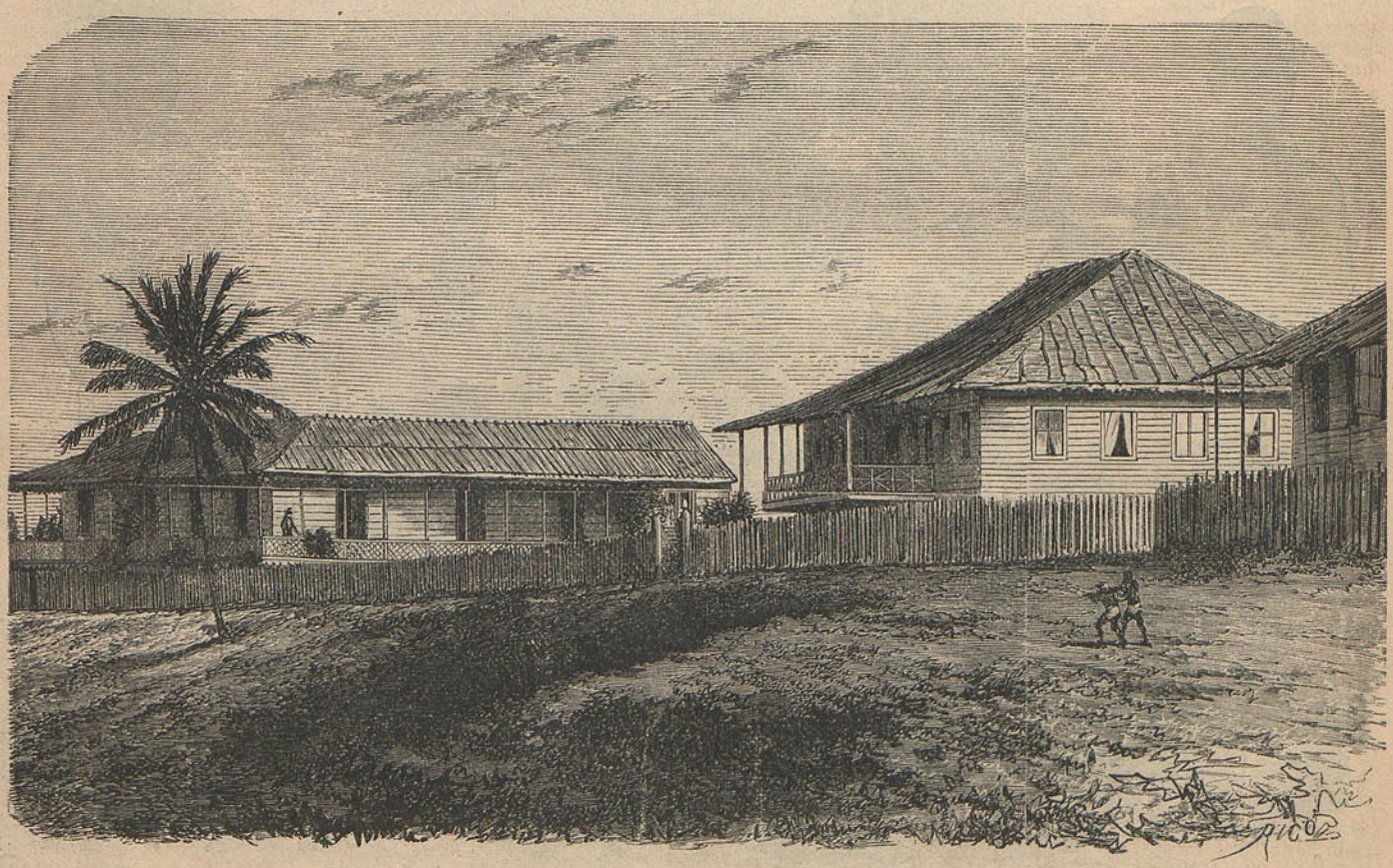
Hubo en Fez grandes fiestas en honor del príncipe cristiano.

Las justas, los toros, las cañas, las cacerías de tigres y leones, los banquetes, los saraos y las zambras se sucedían sin intermisión.

Abu Jacub deslumbraba á don Juan con toda la pompa, con toda la bizarría del lujo oriental.

Pero á vueltas de tantos obsequios, se mostraba un tanto rehacio en servir las pretensiones del infante.

Isla de Fernando Póo.



Tesorería del gobierno.—Fonda y Casino, tomado de fotografía.

Biblioteca Nacional de España

Tomando la parte de hombre experimentado y prudente y mirando á lo que podía convenirle, en las largas conversaciones que con don Juan tenía, aconsejábale que antes de tomar una determinación de todo punto extrema, procurase avenirse con su hermano el rey de Castilla, ahorrando á sus reinos el escándalo de una lucha á muerte entre dos hermanos.

Las apariencias no podían estar por parte del emir más dentro de un recto sentimiento de moralidad y de justicia.

Las conversaciones del emir con el infante eran verdaderos sermones en que no había una sola idea que no respondiese á la virtud y al deber.

Indudablemente el emir Abu Jacub ben Jucef era un santo.

Pero santamente se iba á su negocio.

***

Teníase firme el infante.

Alegaba, hasta no acabar, agravios que decía haberle hecho su hermano.

Exageraba las violencias y las tiranías de éste.

A creer al infante, el rey don Sancho era un parricida, una bestia brava y sanguinaria de la que se debía purgar á la tierra.

El condenado de los condenados.

El maldito de los malditos.

Un azote que Dios permitía afligiese á todos los buenos y honrados en Castilla.

Un usurpador, contra el cual la rebeldía se convertía en defensa justa y necesaria.

Un tirano que impiamente había roto el testamento de su padre, asesinado por él, y había robado la corona á sus sobrinos los infantes de la Cerda.

A creer al infante don Juan, no podía darse pretensión más justa que la suya.

***

Abu Jacub se *dejó al fin convencer*.

Se prestó á dar al infante un ejército para volver á España á pedir razón de sus agravios al rey don Sancho.

Pero había una dificultad no pequeña.

No se levanta un ejército sin grandes dispendios.

El infante don Juan había llegado á Fez sin blanca.

Lo necesitaba todo.

Hombres y dineros.

El emir se quejaba de penurias.

Las guerras que había sostenido, los alcázares y las aljamas y los hospitales que había levantado, habían agotado su tesoro.

Había necesidad de aprestar naves para el pasaje.

De adelantar pagas al ejército.

Su buena voluntad era grande, pero las dificultades parecían insuperables.

Es decir, se trabajaba admirablemente al infante don Juan, que, como todos los necesitados, no reparaba en lo agrio de las condiciones.

El arreglo, pues, del negocio se dilataba.

El emir se mostraba frío.

Se desesperaba don Juan.

***

Un día, estando en esto, un venerable xeque de los masamudas se presentó á Abu Jacub todo tembloroso y pálido de ira.

Se trataba de una hija suya, doncella, que había dado en liviandad, y que por evitar el castigo se había amparado de los cristianos *amigos del emir*, que, *á la verdad, no habían ido á Fez sino á dar escándalo con sus licenciosas costumbres*.

He aquí los hechos de que el venerable xeque Abu Alcateb se plañía.

Se había aposentado al infante don Juan y á los principales de lo que podía llamarse su corte, en una hermosa huerta y palacio, en la ciudad alta, cerca de la Kasbá y de la gran mezquita.

Una de las torres del palacio en que se aposentaba el infante, daba sobre la huerta del xeque Abu Alcateb por la parte del harem ó habitación de las mujeres.

Manuel Fernández y González.

(Se continuará).

COPLAS

—

Yo te estoy siempre pidiendo,
tú me estás siempre negando,
y siempre estás suspirando
por lo que yo estoy queriendo.

—

De mis ojos á los tuyos
van dos corrientes de luz:
yo emito la luz del rayo
y la luz del cielo tú.

—

Los enemigos del hombre,
cual los del alma, son tres:
una Eva que tenga gancho,
una suegra y un *inglés*.

P. Sañudo Autrán.

CUENTOS MADRILEÑOS

—

La previsión.

Reniego de la previsión y de los hombres previsores. Van ustedes á saber el por qué.

Lo siguiente me ocurrió no ha mucho tiempo.

. . . . . .

—No digo mi nombre porque no tiene us-

El rey de los bubies de Basupo y su familia, tomado de una fotografía.

Biblioteca Nacional de España

ted necesidad de saberlo. No conozco ni tampoco quiero conocer á nadie; no tengo criados, ni amigos, ni parientes; no recibo visitas, ni cartas, ni periódicos, ni entregas; no pienso llenar el padrón del censo, ni el del impuesto de las cédulas personales, ni el del arbitrio sobre los perros... yo no tengo perros. De modo que, ya lo sabe usted, venga quien venga y diga lo que quiera... como si no viviese yo en la finca.

Esto oí decir á un sujeto que conversaba con la portera al tiempo de entrar yo en el portal de mi casa; y el hombre debía de tener carácter un tanto brusco, porque sin despedirse subió la escalera, dejando á la buena mujer con un palmo de boca abierta. Y en esto del palmo no hay hipérbole, que mi portera tiene una boca desmesurada.

Con que el sujeto delante y yo detrás, llegamos al primer piso, y observé que él me miró de reojo, como con desconfianza, al notar que seguía subiendo. Sin duda creyó que iba á quedarme allí.

Llevábame de ventaja un tramo, y excitado yo por la curiosidad, quise saber en cuál cuarto vivía, por lo que acomodé mis pasos á los suyos.

No sé por qué me pareció que deseaba le alcanzase y subiera antes que él; pero yo, al observar su acción, acentué la lentitud de mi paso cual si me sintiera fatigoso.

Así llegamos al segundo piso.

El vecino se detuvo un instante y yo le imité. Entonces no me cupo duda: me miró con ostensible recelo. Luego proseguimos la ascensión interrumpida.

Para formar idea de quién fuese, de una ojeada examinéle el traje. Llevaba los tacones, torcidos; el pantalón, rozado; el gabán, muy viejo; el sombrero, desplanchado y de color de ala de mosca. No tenía, pues, aspecto de capitalista ni de elegante mi vecino.

En el piso tercero el hombre se plantó como quien dice: «De aquí no paso.» No juzgué prudente el imitarle, y aunque con excesiva lentitud, seguí subiendo.

Al pasar junto á él le saludé. El me contestó con un gruñido sordo y se mantuvo inmovil y con aire de amenaza.

—Pues, señor,—me pregunté en tanto abrían la puerta de mi habitación.—¿Qué clase de pájaro será ese hombre?

Y tan poderosa fué mi ansia de saber algo del vecino,—todo por mi prurito de ser previsor,—que no bien entré en mi cuarto púseme en acecho tras del ventanillo.

Pasó un rato, y... nada; ningún ruido oí.

—No es buena señal tanto misterio,—seguí diciéndome.—Por lo que sea, hay que vivir prevenido.

Al cabo noté que se movía. Dió algunos pasos sobre las puntas de las botas, y aproximándose á la puerta frente á la de mi cuarto situada, y que correspondía al interior, sacó una llave, abrió, y con todo sigilo entró cerrando tras de sí la puerta.

—¿Quién será? ¿A qué vendrán tales precauciones? ¿Si tendremos en él un conspirador furibundo, un anarquista?...

Las ventanas de la habitación del vecino correspondían al patio á que daban las de mi cocina. Y no hay para qué decir que instaléme en la cocina para mejor espiar á quien tanto me preocupaba.

Pero, me llevé chasco. El vecino había embadurnado los cristales con jabón ó cosa parecida, y no era posible ver lo que al otro lado de ellos pasaba.

—¡Vaya si hay intríngulis en tales precauciones!—me dije.—Será cosa de hablar con la portera. Ante todo, la previsión.

Por un instante continué en mi observatorio sin saber qué hacer, porque mi vecino era persona de costumbres alarmantes, de esto no me cabía duda.

En tales cavilosidades me hallaba cuando oí distintamente un ruido extraño en la cocina de tan extravagante sujeto, un ruido parecido al de un arma de hierro que cae sobre piedra... ó sobre baldosines. A aquel sucedió otro ruido mayor, tan indefinible como el primero.

—¡Vaya si pasa ahí algo grave!—añadí.

Casi juntas las compuertas de mi ventana, atisvé por la rendija que dejaban, seguro de no ser visto desde enfrente, conteniendo la respiración, y con la ansiedad de quien se dispone á asistir á una catástrofe y no quiere perder el detalle más nimio.

Una sucesión de golpes secos y pausados vino á confirmar mis sospechas, mejor dicho, á aumentarlas.

Mi vecino debía ser un malhechor, por fuerza. Tal vez estaba taladrando un piso, ó una pared, ó quién sabe si el techo, para robar y matar á alguien; ó acaso sería un dinamitero, ó cosa así...

Vivísima claridad hirió mis pupilas. En la cocina del criminal se produjo un fuego aterrador, llamas gigantescas acompañadas con estruendosas crepitaciones.

—Es monedero falso... ó incendiario... Incendiario, sí, porque eso no lo hace el primer día que habita una casa nadie más que un incendiario.

Abandoné mi atalaya, y después de dar instrucciones á mi familia, salí de mi habitación para avisar á todos los vecinos de la casa y á la portera. No tranquilo con esto, participé mis temores á los guardias de seguridad de la esquina, corrí á la delegación del distrito y puse al tanto de lo que acontecía al jefe de la dependencia.

Sobre todo la previsión.

Bien sabe Dios que sentí en el alma el no contar con tiempo para adquirir siquiera una docena de pólizas «indisputables» en las sociedades de seguros, y para asegurar mis bienes del probable incendio. ¿Qué probable? ¡inminente!...

Un cuarto de hora después mi casa era un volcán... no de fuego, sino de alarma. Los inquilinos de toda la finca y los vecinos de las inmediatas llenaban el portal, esperando la llegada de las autoridades; innumerables curiosos bullían y se agrupaban á la puerta del edificio.

Llegó el juzgado de guardia, y el delegado de vigilancia, y un numeroso retén de guardias de seguridad... ¡pero, si ustedes deben recordarlo! se ocupó del suceso toda la prensa de Madrid... La calle estaba llena de curiosos, los vecinos temblaban, los agentes prevenían sus sables... yo me sentía orgulloso: el casero, la portera... ¡todo el mundo! me felicitaba por mi previsión salvadora.

Subimos.

El juez llamó tres veces sin obtener respuesta. La espectación era indescriptible; el silencio, absoluto.

—Que venga un cerrajero y abra,—mandó el representante de la justicia.

Precisamente, un vecino del sotabanco era del oficio y tenía las herramientas necesarias. La puerta quedó abierta, y el hombre misterioso apareció armado de rewolver, pálido, trasojado, convulso, cadavérico á la entrada de un pasillo oscuro y lleno de humo, de vez en cuando iluminado por el siniestro resplandor de no lejano incendio.

El juez mostró su bastón é intimó al criminal que se rindiese.

—¡Ah pillo!... ¡al fin has caído, ya no te me escaparás!...—gritó tras de mí una voz atiplada.

Quien había hablado era una señora de edad avanzada, aspecto poco simpático y miradas de pantera.

—¡Señor juez!... me pongo bajo el amparo de la justicia,—exclamó el reo.—Que me lleven á la carcel, á presidio... ¡á cualquiera parte! pero donde no vea á esa mujer: es mi suegra.

. . . . . .

¡Ay!... no quisiera recordarlo; quien en

Krumanes al servicio de España.

Biblioteca Nacional de España

poco va á la carcel fuí yo, por alarmista, por ser hombre previsor. Todo aquello puesto en claro, vino á resultar que mi vecino era un hombre de bien, cesante, casado; que huyendo de su suegra y de los *ingleses* habíase refugiado en el cuarto de enfrente; y que el fuego y el humo procedían de estar quemando tablas, á falta de carbón, para freirse unas salchichas, su modesta y frugal cena...

Gracias á mis buenos empeños no me llevaron preso; pero en cambio...: ¡qué silva tan espantosa me dió aquella muchedumbre de curiosos! ¡Qué silva, potente Dios!

Con que, sean ustedes previsores.

Pedro J. Solas.

CANTARES

De una mujer he nacido,
y á otra quise con pasión;
mi madre me dió alegrías,
mi amante me las quitó.

—

Porque pobre me miraste
has despreciado mi amor;
yo soy pobre de intereses,
tú lo eres de corazón.

—

Soñaba que me querías
con un amor sin igual.
¡Y hay quien dice que los sueños
suelen decir la verdad!

EN ESTE SIGLO Y EN EL QUE VIENE

(Conclusión.)

II

Trasladémonos con el pensamiento á la última mitad del siglo xx, y apuesto, lectoras mías, doble contra sencillo á que más de una vez en esa futura época se reproducirá el siguiente diálogo:

Eran las altas horas de la noche: en medio de la Puerta del Sol, y á inconcebible altura, un gran globo de cristal derrama torrentes de luz eléctrica sobre la plaza y adyacentes calles; el gas, el petróleo y el aceite de oliva eran ya dados de baja en el alumbrado. En las citadas horas, montados en velocípedos, dos jóvenes se encuentran en la Puerta del Sol y danse las manos con las más vivas muestras de afecto. Pertenecen ambos al sexo hermoso, como en nuestro tiempo se dice, si bien por lo extraño de sus vestidos pudiera dudarse de ello. Lleva la una kepis en la cabeza, levita militar con los galones de comandante en la bocamanga, pantalón ancho, botas, espuelas y, pendiendo del lado izquierdo, un luciente chafarote. Viste la otra un largo levitón negro, un sombrero de grandes alas, y lleva sujeto de un botón un bastoncillo con borlas y puño de oro. Ambas son guapísimas, representan de veinte á veinticinco años, y sombrea sus labios superiores un incipiente bigote, porque los químicos del siglo xx han descubierto la fórmula-verdad para que nazca el pelo donde no lo hay. Al verse ambas jóvenes, se expresaron así:

—Adios, Enriqueta.

—Adios, querida Aurelia; ¿cómo llevas tus estudios?

—Te diré: pienso doctorarme este año; ¿y tú?

—Pues yo sigo lo mismo, de comandante, desde que gané los galones en la conquista de Marruecos...

—¿Y cuándo piensas casarte, Enriqueta?

—Pues, querida, es cosa que no me corre prisa; ¿y tú?

—Yo, después de doctorarme, pensaré en tomar estado.

—¿A qué rama de la medicina piensas dedicarte?

—Mi especialidad es el estudio de la tuberculosis laríngea y pulmonal; y, como sabes, el hijo del zapatero de casa, que es un joven muy simpático é instruído, padece una grave afección al pecho, y me propongo hacerle mi esposo para practicar en él mi sistema curativo y devolverle la perdida salud... ¿Qué te parece mi idea?

—Magnífica, querida. Cuando yo sea generala, que lo seré pronto, porque al presente sólo rezan en el escalafón cien generales, mientras que en el siglo xix había seiscientos y tantos, por lo cual ahora se asciende con mayor rapidez, para entonces, repito, elegiré por esposo uno de los más valientes capitanes de nuestro ejército, que, á más de marido, hará cerca de mi persona las veces de edecán.

—Dices bien, Enriqueta; cuando pienso que nuestras abuelas para casarse sólo buscaban el interés...

—No me hables de eso, Aurelia; así nos han dejado en herencia una raza tan raquítica y enclenque... A bien que la presente generación, aleccionada por la experiencia, propende á formar uniones que mejoren la especie humana, según el sistema de Cárlos Darwin...

—Cuando mi abuela está de buen humor hago que me cuente en qué pasaban el tiempo las jóvenes del siglo pasado; si la oyeras te reirías: todo el día lo invertían en apretarse el corsé, en elegir sombreros con plumas y lazos, en conferenciar con modistas y joyeros, á los cuales miraban como seres inferiores, y en ir á paseos, bailes y conciertos... De esto resultaba que á los veinte años estaban ajadas, y si no se casaban antes no encontraban después un marido, pues aquellas mujeres eran una carga pesada para los hombres, por su desenfrenado lujo... De aquí que el otro sexo elegía entonces sus mujeres; éstas no tenían, como nosotras, el derecho de escojer ellas mismas sus maridos; la desigualdad de edades era cosa común; figúrate que una abuela de mi abuela, que se llamaba Enriqueta, se casó de diez y seis años con un hombre de setenta porque era millonario...

—Qué horror, hija; ¿qué podía salir de esa unión?

—Nada más que desdichas; á los tres años de casada estaba hastiada de la vida, y hasta dice mi abuela que había tenido amantes...

—¡Cómo! ¡qué desprecio inspiraría en nuestros tiempos la mujer que hiciera tal! miraríamosla de soslayo, y no se podría presentar á la luz del sol...

—Felizmente, esos tiempos pasaron para no volver: hoy las mujeres tenemos los mismos derechos que el hombre, y conservamos nuestra honra pura y sin mancha.

. . . . . .

Diez años después, las dos jóvenes eran madres de familia: la una se había casado con el hijo del zapatero y la otra con su edecán, y ambas tenían una prole compuesta de dos parejas, es decir, dos hembras y dos varones. Aurelia pensaba dedicar dos de sus hijos á maestros de obra prima y los otros dos á la ciencia de Hipócrates; parece ser que en el siglo xx ya no había clases. En cuanto á Enriqueta, esperaba que sus hijos cumpliesen diez y ocho años para hacerlos entrar en el ejército en calidad de soldados, porque, como ella decía, deseaba que fuesen buenos y valientes servidores de la patria, como lo eran los que les habían dado el sér...

Después de todo, creo, lectoras mías, que habrá que rebajar algo, y aun algos, de estas visiones del porvenir.

Dolores Jurado de M. F.

NUESTROS GRABADOS

Isla de Fernando Póo.—Nuestras posesiones del Golfo de Guinea están llamadas á obtener, andando los tiempos, suma preponderancia comercial, y hasta, si se quiere, estratégica, por la posición que en el dicho Golfo ocupan. La isla de Fernando Póo con la de Annobón, Corisco y otras secundarias, forma un pequeño archipiélago muy extendido. La de Fernando Póo, descubierta por el portugués de este nombre en el siglo xv, y á la cual dió el nombre de *Ilha Formosa*, es la de mayor extensión é importancia. En 1772 cedióla Portugal á España en cambio de la isla Trinidad. Los ingleses se apoderaron de ella mañosamente, y en ella residieron hasta 1841, en que, para evitar en lo futuro reclamaciones diplomáticas, trataron de su venta con el gobierno español por la suma de 60.000 libras esterlinas. Creyeron abusar de la crítica situación en que España se encontraba entonces; pero las Cortes, la prensa, las sociedades científicas, artísticas y económicas, todas las clases sociales, el país en masa, protestó enérgicamente contra aquella proposición, que en alto grado rebajaba nuestro orgullo nacional. Resultado de esta actitud fué que en 1843 se enviase una expedición á aquellas islas para implantar en ella nuestra bandera y proceder á acumular elementos para su definitiva colonización. Dos años más tarde se mandó otra expedición con el mismo objeto, y la que en 1858 aportó á aquellas islas acabó de completar cuantos recursos eran necesarios para el fin propuesto. Levantáronse edificios, escuelas, hospitales, talleres y cuantos otros fué preciso para engrandecer y perfeccionar la ciudad, que ya llevaba el nombre de Santa Isabel. Hablando de Fernando Póo, dice un viajero inglés:—"Hecha excepción de la bahía de Nápoles, no existe lugar más propio para ser transformado en un perfecto edén, con la ayuda de la industria y el arte." El grabado que hoy damos á nuestros lectores representa dos de los mejores edificios de Santa Isabel. Es el uno la Tesorería del Gobierno y el otro la fonda y casino más concurrida de la ciudad.

El rey de los bubíes de Basupo y su familia.—Este señor era uno de los reyezuelos que encontró España en Fernando Póo. Desde luego rindió pleito homenaje, y consideróse el más feliz de los mortales cuando en unión de su real familia se dejó fotografiar y admiró después su vera efigie en la plancha, lo cual, dicho sea de paso, le calentó mucho la cabeza. Los bubíes son los más perezosos é indolentes de cuantos indígenas habitan en Fernando Póo. Sin embargo, de algún tiempo á la fecha, van adquiriendo algunos hábitos de trabajo.

Krumanes al servicio de España.—La tribu de los krumanes es de las más inteligentes entre cuantas pueblan nuestras posesiones del Golfo de Guinea. Por eso el gobierno la distingue y saca de ella buenos soldados. Es una raza fuerte, varonil y perfectamente modelada en todos sus miembros.

SOLUCIÓN

AL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Tanto se ha escrito sobre el amor, que solo sabe el hombre lo peor.

CHARADA

Primera y *tercera*
habita en la sierra,
y de algo se dice
que mal gusto encierra.

Primera y *segunda*
llevará tu perra
si el Ayuntamiento
no te ha de dar guerra.

Segunda con *prima*
se halla en largas tierras,
poniendo un acento
sobre la primera.

Tercera segunda
nadie va sin ella,
y *el todo* en el bosque
se halla por doquiera.

S. C.

(La solución en el número próximo.)

U. MONTEGRIFO, IMPRESOR, BAILÉN, 26.

Biblioteca Nacional de España